Sede Apostólica
Santo Padre
Benedicto XVI

Discurso

Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio Cor Unum 2008

Las cualidades humanas y espirituales de quienes trabajan en la actividad caritativa de la Iglesia

29 de febrero de 2008

Señor Cardenal; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos hermanos y hermanas:

Me alegra encontrarme con vosotros, con ocasión de la Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio Cor Unum. Dirijo mi cordial saludo a cada uno de los participantes en este encuentro. En particular, saludo al cardenal Paul Josef Cordes, al que agradezco sus amables palabras, al monseñor Secretario, y a todos los miembros y oficiales del Consejo Pontificio Cor Unum.

El tema sobre el que estáis reflexionando durante estos días —"Las cualidades humanas y espirituales de quienes trabajan en la actividad caritativa de la Iglesia"— toca un elemento importante de la vida eclesial. En efecto, se trata de quienes prestan en el pueblo de Dios un servicio indispensable, la *diaconía* de la caridad. Y precisamente al tema de la caridad quise dedicar mi primera Encíclica *Deus caritas est*.

Por tanto, aprovecho de buen grado esta ocasión para expresar mi agradecimiento en particular a

su obra en favor del hombre en organismos parroquiales, diocesanos e internacionales, la realizan en nombre de la Iglesia y están llamados a transparentar en su actividad una auténtica experiencia de Iglesia.

Así pues, una adecuada y eficaz formación en este sector vital no puede menos de tender a formar cada vez mejor a los agentes de las diversas actividades caritativas, para que sean siempre y sobre todo testigos del amor evangélico. Lo serán si su misión no se limita a ser agentes de servicios sociales, sino que también anuncian el evangelio de la caridad. Siguiendo los pasos de Cristo, están llamados a ser *testigos del valor de la vida* en todas sus expresiones, defendiendo especialmente la vida de los débiles y los enfermos, imitando el ejemplo de la beata madre Teresa de Calcuta, que amaba y asistía a los moribundos, porque la vida no se mide según su eficiencia, sino que tiene valor siempre y para todos.

En segundo lugar, estos agentes eclesiales están llamados a ser *testigos del amor*, es decir, del hecho de que somos plenamente hombres y mujeres cuando vivimos atentos a las necesidades de los demás; que nadie puede morir y vivir para sí mismo; que la felicidad no se encuentra en la soledad de una vida encerrada en sí misma, sino en la entrega de sí.

Por último, quienes trabajan en el ámbito de las actividades eclesiales deben ser *testigos de Dios*, que es plenitud de amor e invita a amar. La fuente de toda intervención del agente eclesial está en Dios, amor creador y redentor. Como escribí en la Encíclica *Deus caritas est*, podemos practicar el amor porque hemos sido creados a imagen y semejanza divina para «*vivir el amor y así llevar la luz de Dios al mundo*» (n. 39): a eso quise invitar con esa Encíclica.

Por tanto, ¡cuánta plenitud de significado podéis encontrar en vuestra actividad! Y ¡cuán valiosa es para la Iglesia! Me alegro de que, precisamente para que sea cada vez más testimonio del Evangelio, el Consejo Pontificio Cor Unum haya organizado para el próximo mes de junio una tanda de ejercicios espirituales en Guadalajara para presidentes y directores de organismos caritativos del continente americano. Servirá para recuperar plenamente la dimensión humana y cristiana a la que acabo de aludir, y espero que en el futuro la iniciativa se amplíe también a otras regiones del mundo.

Queridos amigos, a la luz que es caridad, la que hacéis, es seguro, mi efectuosa recuerda en